

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Nuestra Señora, iglesia catedral de París, está situada en la estremidad oriental de la isla de la Cité. Mauricio de Sully, un pobre hijo del pueblo, que por efecto de las circunstancias se elevó a la dignidad de obispo, fué el que emprendió la reedificación completa de la iglesia metropolitana de París. Los trabajos empezaron en el año de 1163. En 1182 fué consagrada el altar mayor por Enrique, legado de la Santa Sede.

Después murió Mauricio, y un albañil llamado Juan de Chelles fué el que continuó su obra. Otros muchos le sucedieron en la continuación de esta obra gigantesca. Los trabajos duraron cerca de 200 años. Así es que esta iglesia ofrece en su estructura el resumen de

las diversas transformaciones de la arquitectura en la edad media. Al hablar de la iglesia de Nuestra Señora dice Víctor-Hugo:

«Estos edificios de la transición del estilo bizantino al gótico no son menos preciosos para el estudio que los tipos puros. Expresan un estilo del arte que estaría perdido si no existieran: son el ingenio de la vógrava sobre el semicírculo. Nuestra Señora particularmente, es una muestra curiosa de esta variedad. Cada frente, cada piedra del monumento venerable es una página, no sólo de la historia del país, sino también de la historia del arte y de la ciencia. Así, para no mencionar aquí más que los principales detalles, mientras que la puerta pequeña encarnada llega casi á los límites de la elegancia gótica

del siglo XV, los pilares de la nave, por su volumén y su gravedad, retrucen hasta la abada carolingia de San German de los Prados. «Se creería que hay seis siglos de intermedio entre la puerta y los pilares. Hasta los herméticos hallan en los símbolos de la portada agranda un compendio satisfactorio de su ciconia. Así es que la abada romana, la iglesia filosófica, el arte gótico, el arte sajón, el pesado pilar redondo que recuerda á Gregorio VII, el simbolismo hermético por el cual preludaba Nicolás Flamel á Lutero, la unidad papal, el cisma, todo está confundido, combinado, amalgamado en Nuestra Señora. Esta iglesia central y generadora es cuasi una especie de quimera entre las iglesias antiguas de París: tiene la cabeza de una, los miembros de otra, la espalda de otra, algo, en fin, de todas...»

El edificio de Nuestra Señora está fundado sobre cimientos de escalas.

La fachada tiene 120 pies de desarrollo. Presenta en su parte baja tres pórticos de forma y altura desiguales. Los pórticos que se ven en los dos extremos están coronados por dos torres cuadradas y corpulentas que tienen 204 pies de elevación cada una, desde el suelo hasta la plataforma superior. Las puertas fueron construidas por un cerrajero llamado *Biscornet*. Su trabajo es tan maravilloso que creyeron generalmente que el diablo había tomado parte en él.

Hé aquí el cuento popular que con este motivo circuló en la edad media:

«Un oficial de cerrajero recibió el encargo de guarnecer de hierro las puertas de Nuestra Señora. Asustado con este trabajo que consideraba como superior á sus fuerzas, estaba poseído de la desesperación mas violenta, cuando un hombre se le apareció y le ofreció encargarse de llevarle á efecto si se entregaba á él en cuerpo y en alma. La oferta fué aceptada, y al día siguiente las dos puertas laterales estaban concluidas.

«Aquel hombre era el diablo, y por eso trabajó en las dos puertas laterales; en cuanto á la del medio, como era por donde pasaba la procesion del Santo Sacramento, el diablo tuvo miedo.»

En la torre del Sud está colocada la célebre campana llamada *el bordon*, que no se toca mas que en las grandes solemnidades. Pesa 82,000 libras. Fué bautizada solemnemente en 1683. Luis XIV y su esposa fueron sus padrinos. El badajo pesa 4932 Kilogramos.

El interior de la iglesia es vasto é imponente; presenta una nave, un coro, y 125 pilares gruesos que sostienen las bóvedas ogivales. Alrededor de la nave y del coro, y encima de los pilares, hay una galería adornada con 108 columnitas de un solo trozo cada una; allí es donde los espectadores se colocan cuando hay ceremonias extraordinarias.

En el balcón de estas tribunas se colocaban antiguamente, en tiempo de guerra, las banderas tomadas al enemigo.

La iglesia recibe la luz por ciento trece ventanas de vidrios pintados. El coro, cuyo suelo es de mármol, tiene 115 pies de longitud y 53 de latitud. Seis ángeles de bronce, sosteniendo cada uno los símbolos de la pasión, y colocados sobre zócalos de mármol blanco, están á los lados del altar mayor. Este santuario está rodeado por una hermosa verja de hierro bruñido y dorado, construida en 1809.

Las capillas situadas detrás del coro son notables, particularmente por los sepulcros que contienen. En una de ellas se vé el del conde de Harcourt fallecido en 1769; en otra han colocado el mausoleo de mármol del cardenal de Ballot, arzobispo de París.

La iglesia está embalsorada toda con lasas cuadradas blancas y negras. La extensión de la bóveda tiene 336 pies de longitud, 37 de latitud y 50 de altura; está cubierta con 4258 planchas de plomo; cada una tiene 40 pies de longitud, 3 de anchura y 2 líneas de espesura, formando un peso total de 430,240 libras.

Se está restaurando actualmente la capilla que dá al muelle y que está inmediata al claustro de Nuestra Señora. Esta capilla es notable por su arquitectura graciosa y esvelta, y es, en su mayor parte, de erección moderna.

El grabado que encabeza este artículo representa la iglesia de Nuestra Señora vista de costado.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

(Conclusion.)

XIV.

Para concluir daremos algunas noticias sobre los concilios de la época.

Estos eran de tres clases: nacionales, provinciales y diocesanos. Al rey tan solo competía el convocar los primeros, y formaban parte de él los metropolitanos y los obispos y abades mitrados: los segun-

dos los convocaba el metropolitano, y tomaban parte los obispos sufragáneos, los abades mitrados y cierto número de las dignidades de las catedrales; y el obispo convocaba los terceros, al que asistían los abades, presbíteros y diáconos de la diócesis. Estos últimos debían convocarse anualmente. Los sínodos se celebraron al principio dos veces cada año, y luego una tan solo. En cuanto á los concilios nacionales no tenían época fija, dependiendo enteramente de la voluntad del rey.

Uno de los objetos principales de estos sínodos era el coordinar entre sí las decisiones de los concilios, tanto nacionales como extranjeros, formando de este modo un cuerpo de doctrina que fuera común á la iglesia de España y á la de Roma, centro de la unidad católica. La colección de cánones de la iglesia romana adoptada como ley y guía infalible para todo el orbe católico, exenta al mismo tiempo de toda discusión, no fué, sin embargo, rigiamente adoptada por la iglesia española, celosa siempre de conservar su independencia. Sumisa, ante todo, á las decisiones de sus propios concilios, se contentó con completar la colección formada por Martín obispo de Braga, con algunas decisiones de los concilios extranjeros, despues de armonizarlos y concordarlos entre sí. Al sábio San Isidoro, metropolitano de Sevilla, le fué encomendado tan importante trabajo, resultando de él una colección de cánones de la iglesia española tan interesante y preciosa como las que nos ha conservado la edad media.

XV.

Cuanto acabamos de notar acerca de la organización de la iglesia española basta para dar una idea del admirable espíritu de unidad que ha presidido desde los tiempos mas remotos á la construcción del vasto y grandioso edificio del poder eclesiástico. Se ha acusado y aun se acusa á la Santa Sede de demasiado ambiciosa; pero en verdad, ¿sin ella qué hubiera sido del catolicismo? Esparcido por el globo, luchando con los diversos climas, hábitos y costumbres á quienes tenía que combatir, ¿no hubiera perdido esta unidad en la que consistía toda su fuerza y poder, si se hubiera modificado al capricho y veleidad de las gentes, á las ideas de los pueblos, ó á la conveniencia particular de las diferentes especies de individuos? La iglesia tenía necesidad de reconocer una cabeza y un centro común: poco la importaba que éste se hallara en Roma ó fuera de ella; lo necesario, lo indispensable era tener un pensamiento solo y un impulso fuerte, único y permanente á la vez, que la dirigiese y sostuviese en medio de tantas pruebas á que se hallaba expuesta. Una iglesia podía verse oprimida, perseguida, aterrada, y aun expuesta á perecer; empero era necesario, indispensable que la iglesia no pereciese: era preciso que una tradición nunca interrumpida de doctrinas y de salud figurase unas con otras todas las generaciones de sacerdotes, sucediéndose al pie de los altares, trayendo, inflexible y eterna, á todos los concilios, que pasaban al través de los siglos cual las hojas de un gran libro.

Además, no era solamente la iglesia la que necesitaba de unidad, sino la edad media toda entera. El occidente, acostumbrado á vivir bajo el yugo de una sola ley, de una sola creencia, de un solo poder, se desmoronzaba á pasos de gigante con esa libertad fingida sustituida de repente al despotismo tutelador del imperio. Todos los grandes hombres de aquella época, Teodorico el ostrogodo, Carlo-Magno el franco, el feroz Atala, y hasta nuestra época Napoleon Bonaparte el vencedor, han soñado y tratado de establecer esa unidad apetecida; empero todos han sucumbido en su trabajo, y su obra imperfecta ha sucumbido con ellos: porque ese principio que bastaba al mundo antiguo, no satisfacía las exigencias del moderno, y porque los elementos varios que una invasión bárbara había arrojado en la sociedad no podían plegarse á una uniformidad semejante.

¿Y bien! lo que aquellos genios con su voluntad de hierro no pudieron efectuar, la iglesia lo realizó. ella sola ha conseguido en la edad media el hacer revivir á la vez, y como un solo pensamiento y una idea fija sobre todo el orbe conocido, pueblos y generaciones diferentes, reuniendo y dominando siempre. Ella sola ha fundado en medio de esas tentativas abortidas de organización monárquica universal, una república federativa que tenía por parlamentos los concilios, por representantes á los obispos, y por jefe al Santo Padre: república esencialmente democrática, aunque de ella se halla escluida la igualdad; en cuyo seno se había aprendido á obedecer antes que á mandar; y en la que la ley y la religion eran una misma cosa apoyándose y auxiliándose entre sí: fuertes á los ojos del vulgo con la obediencia y tolerancia de los mismos que la predicaban; en fin, en la que el ciudadano era el sacerdote; ciudadano tanto mas fiel á su patria adoptiva, cuanto que había renunciado enteros y voluntariamente á toda otra.

Bons, tal vez, al llenar su cometido traspasó los límites de la razón y de sus intereses; porque al dominio moral que ejercía, que en sí no dejaba de ser inmenso y poderoso, añadió las ambiciones ter-

restres: con el poder sobre el mundo de las conciencias quiso ejercer otro mayor sobre la libertad civil, sin pensar que abandonaba la posición inespugnable del dogma, dejando desahucado el flanco á todos los ataques que como poder temporal, siempre débil, había de ser siempre y por do quier fuertemente combatido. Lo que de esto resultó es bien sabido, y no tratamos en este lugar de relatarlo. En nuestro siglo actual, y cuando á voz en grito su propala el aumento y progreso de los conocimientos humanos, aunque afortunadamente los ataques contra la religión van encontrando menos sostenedores, hemos visto á un Pontífice movido de sanas y rectas intenciones, que creyendo apaciguar la tormenta que en su derredor se formaba, ha entrado en convenios con los que le evigilan una parte de su autoridad, y su consecuencia ha sido verse combatido, y con escarato y bafa perseguido, dejando cubierta, por momentos, de denso humo el sollo encargado por Jesucristo á su primer discípulo. La tormenta que amenaza á la navecilla de San Pedro se disipará enteramente? El tiempo solo puede decirlo. Si hay heridas de las que se puede curar, pero que siempre dejan un rastro doloroso, también hay pronósticos que se hallan fuera de todo alcance humano; y cuando la imaginación puede perderse entre mil contradictorias conjeturas, tan solo debemos creer y esperar.

Pero aun cuando las empresas salgan fallidas, la historia debe hacer justicia á la grandeza y elevación de los pensamientos; y el dominio ejercido en nombre de todas las inteligencias sobre todas las de una época tiene derecho, después de su caída, á mayores simpatías que la orgullosa soberanía de Gregorio VII sobre los tronos de la tierra, por algún tiempo sus vasallos.

Luis MIQUEL y ROCA.

La empleomanía del siglo décimo nono en España.

Entre las cosas de que ya me río, y que no son pocas por fortuna ó quizá por desgracia, pueden ser contadas las reglas de retórica que se refieren á las comparaciones. En efecto, ¿qué cosa no podrá ser comparada con otra bajo cualquier punto de vista ó relación, por una distancia y antipatía que median entre ambos términos de que no se vale? Y si no hagamos la prueba con ciertas ideas y objetos que parecen enteramente faltos de analogía y similitud. ¿Qué contacto y semejanza puede haber entre un tonto y un hombre de gran talento y aun de un genio privilegiado? Mucho indudablemente: uno y otro andan solos repetidas veces, y también hablan á solas; uno y otro suelen generalmente ser de poca ó ninguna conversacion, padecer distracciones, alejarse del trato de gentes, aparecer en la sociedad como personas extravagantes, ó segun modernamente se dice, tener escentricidades. Sucede también que un tonto y un hombre de talento son despreciados en el mundo; no son comprendidos de los demás; son diferentes de cuantos los rodean, y se atraen la atención de sus semejantes. En algunas ocasiones se tiene lástima de uno y de otro, y también acontece que quisieran cambiar mutuamente de circunstancias, dotes y cualidades; un hombre de talento deseará en ciertos casos y situaciones ser un tonto ó cuando menos aparentarlo, y un tonto aldría en épocas determinadas su felicidad en ser un sujeto de talento eminente, ó cuando menos pasar con este concepto y prestigio. No debe admirarnos tampoco ver perecer como un loco ó de miseria en un hospital un talento de primer orden cual si fuese un pobre hombre, ó mendigar el sustento de puerta en puerta como un desgraciado.

Todo esto y mucho mas se ha verificado en siglos anteriores, y lo mismo será en el presente, porque siempre ha habido seres que por su mala estrella se consagraron exclusivamente á la mejora y bienestar de la humanidad, concurriendo á este laudable fin con su ingenio y conocimientos, olvidándose hasta de sí mismos, y librando su existencia y porvenir en el agradecimiento de sus compatriotas y del género humano personajes que se creían autorizados para pagar con desengaños é ingratitudes. Aquellos hombres bien intencionados no conocieron el espíritu de la época en que han vivido. Por consiguiente el gran quid, la cuestión magna, el caballo de batalla es acertar con el espíritu é ídolo de la época actual.

¿Cuál podrá ser? ¿De empresas mercantiles de toda clase? Sin duda que ya era tiempo de que empezásemos nosotros á ponernos al nivel de las naciones que progresan; pero esto solo puede usarse á sujetos que tienen capitales, crédito, relaciones y se dedican á este género de vida. ¿Será de planes de estudios, de ciencias, de artes? De ninguna manera. Es verdad que dentro de poco tiempo cada joven que salga de la universidad al concluir su carrera será de seguro una enciclopedia ambulante; podrá hablar con desenfado de cuántas materias y tratados son objeto del saber humano. ¿Será de

hablar? Tampoco. Hoy en dia no hay un hombre que no crea á pie juntillas y con la mejor buena fé que es un orador, un diplomático, un político, y dispuesto á gobernar una provincia ó una nación como quien se toma un vaso de helado. ¿Será acaso de viajar? Menos. Ciertó que muchos salen hoy de España con este propósito, y se ha hecho moda ir á París; ya se sabe que en nuestra nación nadie viaja no siendo por necesidad, ó solo podiera hacerse para cumplir una pena ó una penitencia. Pues entonces; ¿Cuál es la idea dominante de la época, la que caracteriza al siglo que recorremos, concretándonos á nuestra península; el pensamiento que gira en todas las cabezas, el elemento de todos los cálculos, y la suprema dicha en este mundo? Es, para acabar de una vez, la empleomanía.

Llega un jóven á cualquier pueblo, en especialidad siendo este pequeño; al instante empiezan á cambiarse noticias, notas y comentarios sobre el recién venido. — ¿Quién es? ¿Será empleado? — Regularmente. — ¿Cuánto tiene de sueldo? — La cantidad de... — ¡Ah! Se conoce que es muchacho muy fino, tratable y despedido. No siendo empleado, las habillitas se otonan por otra clave. ¿Quién es él, quién podrá ser no siendo empleado? Debe de ser sujeto de poca importancia, relaciones ó influjo, puesto que no está empleado; tal vez es un hombre sin ninguna disposición ni salida. — Amigo mío, ¿cómo está V. sin colocarse? ¿En qué altura se hallan sus pretensiones de V.? Compañero, ¿cuánto tiempo há que no nos hemos visto! Supongo que tendrás por aquí algun destiñillo decente. — Sr. D. Busquillas, ¿á qué se dedica V.? — Ya puede V. hacerse cargo: he concluido poco há mis estudios y he solicitado una plaza de... — Pero hombre, ¿qué necesidad tiene V. de empleos ni de sueldos, si posee V. bastantes bienes y riqueza? — ¿Qué quiere V. por estar empleado; ya conoce V.... es la época...., si ha siempre es uno un empleado. El hombre en tanto es hombre en cuanto es empleado; antes y despues no vive verdaderamente por ningún concepto; mientras dura el empleillo aparece en todas las reuniones, hace papel, todos le hacen tambien caso; mas se quedó cesante, ya no le visitan ni le saludan sus mismos co-oficinistas; el desemplado murió; y para saber lo que es el mundo, en lugar de decir «muérete y várate», será mas exacto «quédate cesante y vérate». Hay un refran que dice: «de músico, poeta y loco todos tenemos un poco»; ahora es preciso intercalar una adición en la forma siguiente: «de empleado, músico, poeta, loco y cesante todos tenemos bastante».

El estado de empleado es una circunstancia esencial de todo ciudadano español; el que no estuvo empleado, ó lo está ya, ó lo estará en adelante: es un estado mas del hombre, y del que deben hacer mención los códigos civiles, y un periodo de la vida que los fisiólogos se verán obligados á tener en cuenta.

Así como el que se va debilitando por consuelon, cada dia enfaquece y pierde color y ánimos, así tambien el empleado que queda cesante, empieza á demostrar en su porte y en su conducta la variación de sus circunstancias. Antes iba siempre al teatro y á las tertulias; ahora se va retirando poco á poco; carece el presupuesto de quantes y de planchado, se muda de casa ó posada á otra mas barata; ya no gasta botas de charol; ya no da pasos á caballo, aparece con frecuencia por las calles durante las horas que en otra época estaba en la oficina, sin que sea decir por esto, que sea incompatible ser empleado y andar corriendo de una parte á otra cuando se proporcione, sin que sea por comisiones del servicio. Todavía se van cobrando algunas pagas atrasadas, y esto es lo que aun da vida y esperanza: son los últimos resplandores de una lámpara que se apaga. Pero concluido este metálico, el cesante recurre á envolverse en su capa, si la tiene buena ó mala, y bétolo úni transformado en otro hombre, mas que eso, en otro tonto: de braga pasó á erisálida, de erisálida á cusino de seda, y el gusano de seda murió despues de concluir su trabajo. La novia hueza un pretexto para evadirse de él está claro: ella contaba con los tantos miles de sueldo al año; esto es lo que valia el individuo; *tantum valet quantum sonat*, como decía cierto cura de lugar cuando le preguntaban cuánto le valia el entierro del difunto por quien clamareban las campanas de su parroquia.

La empleomanía ha influido tambien en varias locuciones de nuestro idioma. ¿Sr. D. P.... V. qué hace? equivale á estas otras: usted no trata de ser empleado; V es un tonto, un majadero, ó no puede V. dejar de serlo aunque quiera. V. no hace cosa de proyecho como no piensa V. ser empleado.

Apenas la situación de empleado supone generalmente la de pretendiente, la de recomendado, la de introducido; esto ofrece las ventajas de tratar con los parientes de varios establecimientos y dependencias, sujetos de trato muy amable; de sufrir algunas horas de plantones y antepasas, circunstancia muy conducente para la meditación y el recogimiento; de conocer lo que son las oficinas; cosa bastante curiosa y entretenida.

El que se dirige á Madrid albriga siempre en la mente como pensamiento primario ó secundario el conseguir algun destino. Cuando

103 amigos se ven en aquel punto, ya ni siquiera preguntan si solicitan algo, sino si han alcanzado algo: la primer parte ya se presupone. Cuando uno se despide de la corte, le rodean sus conocidos demandándole á qué provincia va destinado, ó si obtuvo alguna colocacion en una embajada, legacion ó consulado, etc. etc.

El tema cotidiano y favorito en las reuniones es el de empleos.—¿Quién es A? ¿Está empleado?—No señor.—¿Y eso? ¿Qué lástima! Porque es buen sugeto, de probidad y conocimientos.—Sr. D. Pantaléon Cabeza de Buoy, yo vengo á pedir su hija de V. para casarme

con ella.—¿Y qué es V.?—Yo soy un propietario.—¿Pero es V. empleado?—Nunca lo he sido ni pienso serlo.—¿Y entonces cómo presume V. que yo puedo acceder á su instancia de matrimonio? ¿Qué importa que sea V. propietario y tenga fanegas, si V. no tiene empleo? ¡Qué disparate!.... Sr. D. Agapito, ¿por qué no manda V. sus papeles á Madrid pidiendo alguna cosa, ahora que creo no le faltan á V. empeños?—¿Quién viene en lugar de B? ¿Cuánto aumentaron el sueldo á C? ¿A dónde va D? ¿Va con el mismo destino? ¿Fue su traslacion por intriga? ¿Fue por cambio? Creo que tiene buenos padri-



(Jarron árabe.)

nos.—¿Qué hace V., Sr. D. Pánfilo? ; V. se está quieto y tranquilo sin procurar coger lo que se proporcione! No sea V. loco: haga V. como los demas. ¿No vé V. que le tendrán por un hombre raro y de otro siglo, ó si no por un hombre falto de proteccion y arrimos?—No me decido, atendiendo á que esto de empleos es una cosa tan poco duradera...—Déjese V. de semejante modo de pensar, Sr. D. Pánfilo: sirva V. á la patria mientras se lo permitan; que despues, aunque se quede V. cesante, ya disfruta V. el honor de haber sido empleado; ya es V. una persona decente, y nadie podrá echarle en cara el no

haber sido empleado. Con que ánimo V., si no precisamente ahora, á lo menos para mas adelante.

Pero no son estos los mas tristes resultados de la empleo-mania. Los hay peores. El hombre, que acaso seria un artista eminente si en tiempo oportuno hubiese explotado sus facultades y disposiciones, no pasa de ser un oficinista rutinario que no se dedica sino al despacho de su negociado. Circunscrito alrededor de una mesa, su inteligencia se apocó y anuló por falta de espacio y de ejercicio. Otro que poseia las mas brillantes dotes de orador, de escritor, ó para llegar

en fin á ser una notabilidad de este ó del otro género, consiga su empleo; abandona todas sus inspiraciones y pensamientos y se reduce á poner dictámenes de cajón en los expedientes que maneja. Ocupado la mayor parte del tiempo de esta manera, no tiene gusto ni humor de sacrificar unas pocas horas libres, que consagra á la distracción y á la sociedad de sus amigos. De esto dimana lo que todos estamos viendo, y que es doloroso recordar, y que demasiado patente está con echar una rápida ojeada por el campo de las ciencias, de la literatura, de la administración, de la política y de todo cuanto

constituye nuestra nacionalidad. De las antiguas repúblicas de la Grecia salían varones eminentes, legisladores, filósofos, poetas á recorrer las naciones del Asia y el Egipto para instruirse. Los ciudadanos mas ilustres de Roma iban á Atenas á perfeccionarse en sus profesiones. Durante los siglos medios la juventud mas brillante se dirigia á Bolonia á estudiar las ciencias. Sig embargo, eran unos tontos. Nosotros hemos progresado mas. De los habitantes de las provincias que vienen á Madrid, las tres cuartas partes no traen mas objeto que pretendar algun empleo. Repito que los antiguos eran unos



(Jarra árabe.)

fontos, porque Plinio murió entre las lavas del Vesubio, y le hubiera sido mejor que hubiese disfrutado el agradable calor de una chimenea ó estufa, sin meterse en profundidades. Ciceron fué asesinado por el mismo sujeto á quien habia salvado la vida con su elocuencia; mejor le hubiera sido tambien al orador romano que no se pudiese hablar, que por eso no dejaria de ser rico y de estar contento, como siempre sucedió en todas épocas. Por este estilo pudiera citarse á otros muchos.

Ahora que venga cualquier mentecato esponiendo y afirmando que no estamos adelantados y civilizados.

ANTOLIN ESPERON.

JARRONES ARABES.

Los dos preciosos jarrones que presentamos en este número, están tomados de las antigüedades árabes de Granada y Córdoba, que se publicaron en tiempo del Conde de Florida-blanca. Son de loza ó

porcelana muy fina, tienen de altura cuatro pies y trece dedos, y su mayor diámetro es de dos pies y seis dedos.

¡Vaya un viaje!

—Señores al coche.

—Vamos allá, mayoral, que la noche convula y en el reloj de la Redonda acaban de dar las dos.

Era la víspera de San Juan (año de 1846) y hora en que la diligencia salía de la ciudad de Logroño para la capital de Burgos. La carretera que conduce á esta última población, es sin duda alguna de las mas penosas y descarnadas de España.

El coche partió con la rapidéz de un rayo y anduvo dos leguas de camino sin que ocurriese en su interior novedad alguna que mereciera la pena de contarse. Todos los viajeros procuraron dormirse; y al llegar á la villa de *Fuenmayor* apareció la aurora y rompió el día, con cuya circunstancia hubo de presentarse á nuestra vista (trascurrida otra legua) el célebre pueblo de *Cenicero*, tan famoso en los fastos de la pasada guerra civil; porque fué defendido heroicamente por cuarenta nacionales que pelearon (el día 21 y 22 de Octubre de 1834) contra toda la facción de *Zumalacárregui*. Semejante hecho de armas, aració dentro de la iglesia, y en medio del incendio y de la devastación.

—Caballeros, dijo el mayoral, si Vds. gustan apearse pueden hacerlo porque vamos á mudar de tiro.

—Hombre, sí, respondió el médico de Viana que iba en el interior del carruaje; puesto que he salido del meson del Cristo nada menos que en ayunas y quiero tomar un refrigerio.

—Lo propio me ha sucedido á mí, exclamó su compañero de viaje, *Ramon el zaragozano*.

—Y yo, gritó un niño de cinco ó seis años.

—Pues al parador á tomar chocolate.

—¡Cálica! ¡moza! ¿qué diablos! ¿sales durmiendo? Demonio, haz fuego al instante.

—Venga una chocolatera con cuatro jicaras de agua é igual número de porciones de chocolate. Todo el mundo haga lo que pueda.

—Atá con el fuelle.

—Sople V. de firme.

—Pero hijo de Satanás, no apriete V. tanto la chocolatera sobre el fuego que sairá el chocolate á humo; y segun dice *Broussais*....

—Vaya, estése V. á esas flores, y verá como nos quedamos in albis si el mayoral se cansa de esperar.

—¿Qué hace V. señor médico de Viana, lo está V. probando ya?

—Hambre, sí, queria ver si espesaba algo....

—Si no ha hervido todavía!

—Muchacha, coge esa torta de pan; pásala unas rebanadas anchas y délgalas y ponlas al fuego. ¡Lista! ¡lista! Lava tambien esos vasos.

—Señores, la diligencia se marcha! exclama con voz asustada *Ramon el zaragozano*.

—Mayoral! ¡mayoral! ¡Por San Pan! leon bendito, que estamos escudillando la pasta sólida del cacao! dice el médico de Viana.

—Al coche! ¡al coche! grita el zagal; y todo ser viviente echa á correr por las escaleras abajo, quedándose en la cocina del parador de *Cenicero*, la chocolatera en el hogar; las tostadas en la lumbre; el fuelle en el escaño; las tenazas colgando de un clavo de la chimenea; los vasos en la fragadera; el gato asustado en el borde de una ventana, y la criada poniéndose las medias azules al pié de la cantatera.

Colocado cada uno en su asiento y con la pesadumbre de llevar el estómago vacío, se notó en el interior del carruaje un profundo silencio; y casi todos procuraron dormirse, á escepcion de un bayonés, viajante, de la nodriza que cuidaba del niño, y de una vieja de la antigua aristocracia, quienes no habian cesado de dormir desde su salida de *Logroño*.

Discurría el viajante bayonés el medio de emprender una animada conversación; y rascándose largu rato la oreja, entró en materia y dijo por último á la señora.

—Es el libro de los destinos lo que lee V. con tanta reflexion?

—El libro de los destinos...! exclamó la vieja estupefacta: ¡vaya un entretenimiento dulce! ¡vaya un recreo que proporcionaria semejante obra!

—¿Pues qué es lo que V. lee?

—Una encantadora novela de *Mad. Guizot*. Ahora estoy leyendo un pasaje divino. La jóven *Cirila* sale de su cuarto á media noche para visitar....

—Yo opino que esa señorita le hubiera sido mas útil acostarse que ir sola á tomar el fresco por la noche.

—¡Acostarse! ¡meterse en la cama! caballero bayonés, tiene V. muy malos pensamientos. ¡pretende V. que se acostara una tierna víctima de las calenturas de un Tenorio! ¿Se figura V. que una inocente criatura podria dormirse en tal estado lo mismo que una criada deservida?

—Yo creía, señora, que las mugeres eran todas iguales.

—¡Ah! bien se conoce que no ha sido V. amado de las candidas señoritas.... ¡Pero qué olor! ¡qué gas tan endemodiado! ¡esto no se puede resistir! Abran Vds. las ventanillas, ¡uf...!

El niño cortó semejante diálogo por uno de aquellos accidentes que tan comunmente se acaecen á los de su edad. Con efecto, el olor era insuportable, y el médico de Viana se desesperó y ació mano de la caja del tabaco; el viajante bayonés sacó un puro y lo encendió; y *Ramon el zaragozano* se cubrió las narices con una pélica en la que se ostentaba el retrato de *Espartero*; mientras que la vieja haciendo un dengue, próhibió:

—¡Esto es el cólera morbo...! ¿Por qué han de ir los niños en el interior de la diligencia? ¡A la Imperial con él! ¡Ay virgen de las Angustias, me voy á asfixiar...!

—Mejor seria colocarlo entre los equipages: ¿no es verdad? dijo la nodriza algun tanto ofendida.

—Cuando menos allí no nos jofestaria.

—Pues V. hiciera lo propio si se hallara indispuesta; porque una vieja de sesenta abries como su merced....

—¡Hum! silencio, moza; porque sino.... La rabia cortó la frase de la aristócrata señora, y quien dirigió á la sencilla nodriza una buena dosis de apóstrofes y de insultos.

—Silencio todo el mundo: gritó el viajante bayonés, y todos callaron. Son Vds. muy inconsiderados, añadió: esta niña tiene razon al hacer sus necesidades donde Dios le dá á entender, y no hiede como esa señora dice.

—¿Cómo que no? ahulló la vieja: apesta y corrompe como una alcantarilla.

La jóven niñera dirigió al Bayonés una expresiva mirada que queria decir muchas cosas.

La calma se restableció de nuevo, y sin otro contratiempo, llegaron nuestros viajeros al delicioso pueblo de *Casa la Reina*, en cuyo parador se sirvió el almuerzo. Bajaron del coche unos detrás de otros; y la señora de la antigua aristocracia pidió á voces que recibieran un perrito dogo llamado *Calcein* y una *Picaraza* colocada dentro de un sombrero de paja.

—Mas dá V. que hacer con sus bestias, que todo el tiro de mulas: exclamó amostizado el conductor.

—Peró criatura de Dios, es preciso quitár de esos animalitos.

—Sí, señora: mas si su merced hubiera dicho que traía consigo una casa de fieras, hubiéramos arreglado el asiento de otro modo.

Lleno de fastidio el mayoral por las impertinencias de la vieja, cogió á *Calcein* de una pata y lo tiró al suelo. El animal principió á ladrar desesperadamente; y la aristócrata señora que ya tenia el pie en el estribo del coche llevando en una mano el gorro de paja con la *Picaraza*, suelta azorada el sombrero, y cae sobre él con violencia aplastando de ese modo el pájaro. ¡Oh colmo de infortunio! ¡qué horror! pronúnció la vieja: ¡probrecita de mi...!

—Al almuerzo, señora, y déjese V. de aspavientos: dijo el dueño del parador.

A cuyo precepto obedecieron todos y se sentaron en la mesa. Como la mayor parte de los viajeros venian en ayunas, no cesaron de comer; llevando suma ventaja en la liza el médico de Viana, *Ramon el zaragozano*, y el pacífico é indiferente vecino de *Itaro*.

—Caballero bayonés, ¡por el Cristo de Burgos! que vá V. á mortificar á mi *Calcein* con la punta de su baston.

—Al demonio se puede V. ir con su perró.

—¿Sabén Vds. que comen los dos mas de lo que parece? repuso la buena nodriza.

—Hay virgen de las *Mularias*! no quiere mi doguito comer el pan. ¡*Calcein*! ¡*Calcein*!

—Héle V. de manjar con doscientos mil diablos: gritó el médico de Viana montado en cólera. Ahí está ese zinquillo que dá menos molestia que su avechucho.

Con las copas de vino supurado y bien repletos los estómagos, fué restableciéndose el buen humor y se concluyó el almuerzo.

—Al coche, señores, al coche!

Y cada ser humano se apresuró á ocupar su puesto. El silencio mas sepulcral, la calma mas profunda, dominó en el interior del carruaje; y un reloj de repetición dió la hora de las ocho. Por el ruido de este mueble, que salió del bolsillo de la vieja señora, se pudo inferir que estaba quebrada la campana y que en tiempo de los godos habria sido muy claro y sonoro su eco.

— ¡Ya estamos en Pancorbo! ¡Pancorbo con su telégrafo! gritaron todos los viajeros á la vez.

— ¡Pero no notan Vds. qué raro y estrafalario es este pueblo? ¿Qué cercado está de pericuetos y de peñascales? ¿Qué frío se siente en sus alrededores? ¡Santa Cristeta me valga! ¡si aun están las abas en flor! Esto iba diciendo la aristócrata señora.

— ¡Atto, mayoral, que dos caballeros se quedan aquí: gritó un viajero que hasta entonces no había proferido una sola palabra.

Con efecto, salieron ambos del carruaje y se hospedaron en la venta que está á orillas del camino. Luego que hubo llegado la diligencia peninsular que caminaba de Burgos para Vitoria, se metieron dichos señores en el interior de la misma y terminaron su viaje haciendo punto rodando en la capital de Alava. Los demas transeúntes que iban en el otro coche siguieron su camino en dirección de Madrid y no podemos ocuparnos mas de sus aventuras.

«Porque ya entramos ojos
á mas andar se me cierran
y se me alaja la mano
y se me apaga la vela.»

Madrid y marzo de 1850.

BENJAMÍN ESPAÑA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Ni una sola pulgada de terreno me habían hecho perder los bandidos, cuando una descarga cerrada, á mi espalda, y la fatal voz de *nos corran*, resonaron en mis oídos, como el estampido del rayo pudiera en un sereno día. ¿Lo confesaré? ¿Y por qué no, si el cabo soy hombre? Mi primer movimiento fué el de apretar las espuelas al caballo; pero un franqueza me da tambien derecho á ser creído cuando añado que no llegué á aplicáscelas. La educacion y el pundonor dominaron el instante aquel natural instinto de la conservación, y clamé en voz estentórea: — ¡Quietos, muchachos, ó somos perdidos. — A pesar del aviso, mis gentes cruz que opinaban por la estratagemá de la fuga; mas, como al primero que hizo ademán de servirse de sus piernas lo encaré el retaco, ¡jurado en redondo que le bayantaba la tapa de los sesos si proseguia su camino, los demas se rieron por advertidos. Todo esto fué obra de un segundo, y por dicha los ladrones que estaban á mi frente redoblaron su fuego de manera que mi gente tubo de atender exclusivamente á ellos.

Dejo á la consideracion de Vds. cuál seria mi inquietud sobre lo que á mi espalda había pasado, y mas, cuando despues de la descarga y de las voces que les he dicho, no volví á oír ni el mas leve rumor. De buena gana hubiera enviado un hombre á informarse del suceso; mas temiendo, en primer lugar que no volviese con la noticia, y en segundo, que sus compañeros, á la menor sombra de peligro que en mi visión, habían de tomar infaliblemente las de Villa Diego, preferí permanecer en mi incertidumbre.

Para colmo de desdichas, una bala habia atravesado el muslo á uno de mis soldados improvisados, y sus lastimosos ayes inspirando compasion y miedo á los demas, amenazaban deslocar la vanguardia del pequeño ejército.

Afortunadamente á poco vino á buscarme el Coronel; pero con un semblante que nada bueno anunciaba. — ¡Diez de los caballistas, me dijo, corriendo, á favor del bosque y sin ser vistos, sobre su izquierda de V., se han presentado inesperadamente en el valle. — Al verlos exclamaron los niños y los que nuestro amigo tiene ya en las ventanas: — ¡Qué nos cortan! — haciéndoles fuero al mismo tiempo. Pero los muy canallas, despreciando las balas, han pasado á escape por delante del cortijo, y proseguido á su espalda... —

— ¡Dios mio, exclamé no pudiendo contenerme, y las señoras! — Tras de ellas van, prosiguió el veterano, tras de ellas van sin duda, y si las alcanzan, mas nos valdria no haber nacido. — Corramos á salvarlas, dije. — Todos los amigos esperan á V. á caballo; vaya V., que yo le seguiré así que haya replegado la gente al cortijo, con toda fe que no sea indispensable á nuestro huésped para defenderse en él. — Apretámonos la mano, y sin decir palabra corrí á reunirme con los que impacientes me aguardaban. — A galope, caballeros; á galope, y sin volver atrás la cabeza, ni por la vida. — Les dije apenas los vi — y dando el ejemplo con la orden, tomé la senda misma por donde media hora antes, vi partir á nuestro convoy.

Es preciso tener bien presente la naturaleza de aquel país, donde el horizonte sensible se halla continuamente limitado por los gigantescos accidentes del terreno, la frondosidad de la vegetacion y la abundancia del arbolado, para comprender nuestra ansiedad durante el camino. Y no olviden Vds. que únicamente yo, entre los que galopábamos, no volaba á la defensa de hermana, esposa, ó hija. Solo el galope de las herraduras en las piedras, solo el ardiente resollar de los caballos, y el son metálico de las espuelas se oía: los hombres, procurando en vano penetrar con la vista en las malezas, aplicando el oído, como si cada vez que una rama cruzaba á una hoja caía al suelo, escucháramos las maldiciones del ladrón, ó los lamentos de su víctima, parecíamos incapaces de hablar, y acaso en realidad, lo estábamos. Al llegar á un alto cerro, sin embargo, todos á una voz clamamos: — ¡Allí, allí, estan: á ellos! — Y sin cuidarnos de la escarpado de la pendiente, ni del cansancio de los caballos, salimos á escape tendido. En situaciones como aquella se viven siglos en pocos instantes; pero el hombre se engrandece á sus propios ojos tambien á medida que el peligro crece y las dificultades se venen. Mas á todo esto, no he dicho á Vds. que la causa por que gritamos fué haber visto, en el cerro fronteró al en que estábamos, dos grupos; el de delante ya en la cumbre, y el de mas atrás á media cuesta, á distancia de aquel como de un tiro de bala. Uno y otro caminaban á mas andar, y cuando nosotros llegamos al pié de nuestra colina, ya la que íbamos á subir nos los ocultaba á entrambos. Naufragar á vista del puerto es, señores, lo mas cruel que imaginarse puede.

Dos caballos cayeron al suelo apenas hubimos bajado la cuesta, y los demas, á excepcion del mio, animal excelente, rehusaron pasar adelante. Quisiera y no puedo pintar á Vds. nuestra situacion, y sobre todo la dificultad que tuve en hacerme escuchar y obedecer de aquellos hombres desesperados. Por fin, mezclando el ruego á la amenaza, y las razones á la pasion, logré que los dos desmontados se resignaran á abandonar los caballos y proseguir á pié su camino, y que los demas comprendieran que nos era forzoso subir al paso la cuesta, ó renunciar á la marcha. Quizá, si el eco de los montes no nos hubiera traído á un tiempo el estampido de la pólvora, que sonaba así á la parte del cortijo como á la otra de la fatal colina, nada consiguiera mi autoridad; mas sea cual fuere la causa, lo cierto es que logré restablecer la disciplina en aquel reducido escuadrón de voluntarios paladines.

— La noche, señores, se nos ha venido á toda prisa, — exclamó Alfonso, interrumpiendo su relacion, — y lo que me resta que decir de esta aventura requiere mas espacio del que tendríamos ahora. Suspendo, pues, hasta la próxima tarde, si es que, como yo, no empezu Vds. á creer que mi historia se prolonga mas de lo justo.

Don Antonio. V. suente, que cuando concluya se le diga lo que convenga.

Don Diego. Segun veo tenemos tela cortada para rato.

Alfonso. En efecto, me queda que decir bastante; pero repito...

Redactor. Nuestro presidente lo ha dicho ya: cuando V. concluya se le dirá lo que opinamos; entre tanto, el que juzgue el cuento largo, puede no oirlo.

Alfonso. Siendo así en la próxima reunion proseguiré.

IV.

Rehabilitacion. — Vuelta á las andanzas.

Alfonso: — Declinaba el sol á occidente, bañando el horizonte en purpúreas fulgentes rayos, cuando por fin nos vimos en la cumbre de la colina que Vds. saben, y desde ella contemplamos un espectáculo á la verdad poco grato. A media pendiente y sobre la derecha del camino, habia un corral de los que llaman panderas, porque á ellos se recogén las ovejas al efecto que la palabra indica, y á él se habia guarecido nuestro convoy desesperando de poder huir, ni resistirse en campo rasó á los bandidos.

Siendo los muros de aquel asilo, bajos, de piedras sueltas, y coronados de púas; para ponerse al abrigo de las balas, hubieron las desdichadas señoras de sentarse en el suelo; y en sus actitudes, que distinguíamos desde nuestra posicion, no nos fué difícil adivinar el terror que en sus almas reinaba. Nuestros siete amigos, arrodillados detrás de las tapias, se multiplicaban, por decirlo así, para oponer las hocas de las escopetas á los handobros, por donde quiera que se presentasen; y estos, convencidos de la dificultad de conseguir su intento mientras no lograrán dividir á aquellos, echaron tambien pié á tierra, y formando dos pequeñas columnas ó mas bien grupos, visiblemente se disponian á dar el asalto por dos opuestas direcciones á un mismo tiempo. Tal era la situacion, poco menos que desesperada, de las cosas, cuando aparecieron nosotros, inspirando con nuestra presencia aliento á los cercados é inquietud á los sitiadores. Mas, en realidad y por lo quebrado del terreno, siendo la distancia que á vuelo de pájaro nos separaba tan corta, que la voz se oia de uno

á otro de sus extremos, la que los pies habían de andar hasta llegar al corral, no era para recorrida en menos de diez minutos; por el único camino practicable á los caballos. Calculando, pues, con esa dificultad que se nos oponía, se determinaron los ladrones á dar un golpe de mano contra las damas y su escolta, seguros de contenernos á nosotros, si una vez se apoderaban de aquellas. Así es que, rompiendo el fuego, como si nada tuvieran que temer de nosotros, marcharon á paso largo sobre la paridera, en dos grupos, como dejó apuntado: uno en la dirección de su entrada, otro en la opuesta. Las mujeres entonces, invocando en altas voces el favor de la Reina de los cielos, y el de todos los santos del calendario, se arrojaron de bruyes al suelo, tapándose la mayor parte los oídos para no escuchar el, para ellas horrible y para nadie grato, silvar de las balas; y sus defensores, resueltos á perecer, se dividieron á fin de hacer frente, como mejor pudiesen, al enemigo.

Yo entre tanto había examinado atentamente las posiciones respectivas, y conocido que nuestros amigos no podían resistir todo el tiempo necesario á mi gente para llegar á socorrerlos; y confieso que en toda mi vida me he visto tan indeciso. Sin embargo, lo esencial era no perder tiempo, y dignándose la Providencia inspirarme el único pensamiento capaz de salvarnos, me volví á los compañeros; que en mudo aslupor contemplaban aquel espectáculo, y pregunté: — ¿No hay quien sepa un atajo para la paridera? — Si señor — contestó uno; — pero los caballos no pueden... — ¡Pié á tierra, — clamé sin dejarle concluir; — pié á tierra: quédense los dos desmontados con los caballos, y siganme los que no quieran presenciar un desastre. »

Apenas los malhechores habían emprendido su ataque, y ya nosotros, luchando con las malezas, apartando á culatazos las ramas de las enoínas, ya enredándonos los pies en las retamas, ya dejando parte del vestido en las zarzas, ora resbalando sobre la yerba húmeda, ora caminando sobre agudas piedras, con dificultades inexplicables, en fin, marchábamos por el atajo siguiendo al que nos guiaba, y sintiendo resonar en nuestros corazones cada tiro de los que de hácia la paridera se oían. ¿Pero qué fué de nosotros, cuando á los cinco minutos de nuestra penosa marcha, cesó el fuego repentinamente? Señores, Vds. comprenderán lo que ya no acierto á explicar: todos, todos los que me seguían hicieron alto y dejaron caer las cabezas sobre el pecho, como si el rayo los hubiera herido, á todos también, simultáneamente. ¡Desdichados! Temblaban por la vida y el honor de sus mas caras prendas. Ya, sin negar que concebí los mas funestos presentimientos, diré á Vds. que no hallándome tan personalmente interesado en el negocio como los demás, pude naturalmente conservar alguna mayor serenidad, y así, dando una gran voz, clamé: — Adelante, señores, adelante; si no auxilio, tengan venganza, por lo menos, las señoras. — Y rompiendo la marcha arrastré á mis compañeros en pos de mí. Dos pasos mas, y nos hallamos frente al corral.

Las municiones de los nuestros, allí encerrados, se habían agotado; y así que los ladrones vieron que no les hacían fuego, suspendiendo también el suyo, marcharon al asalto. Pero los defensores de las damas, penetrados de que despues de tan larga resistencia fuera locura esperar misericordia armaron los cuebilos de monte á guisa de bayonetas en los cañones de sus retacos, resueltos ya á morir peleando.

Casi tocaban las manos de los bandidos en las cercas de la paridera, cuando nosotros salimos del atajo, por la parte que al camino correspondía, hallándonos en tal posición que de hacer fuego hubiéramos fusilado á un tiempo á amigos y enemigos. Era, sin embargo, preciso llamar la atención de unos y de otros, para lo cual mandé hacer una descarga al aire, que produjo su efecto.

Por de pronto retrocedieron los que asaltaban y respiraron los asaltados, reuniéndose en el centro de la paridera, ya seguros de que el enemigo no podía penetrar en ella, y yo así que los vi separados mandé hacer fuego, resultando un ladron muerto y tres heridos en el acto.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

EL VIAGERO AMERICANO (1).

Del Anahuac vastísimo y hermoso,
en una de las fértiles comarcas
de las que tienen por custodios hábiles
al Pinalteuacapan y al Orizaba,

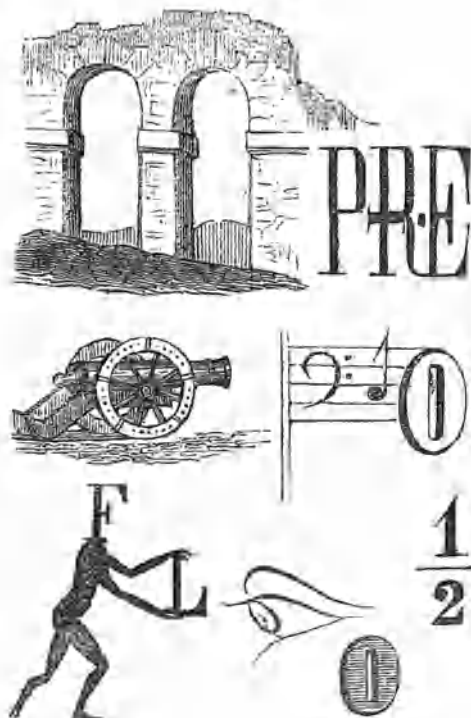
(1) Para la mejor inteligencia de esta composición conviene advertir al lector que fué escrita en contestacion á otra de un joven entusiasta por la poesía y cultor de eczibridad literaria, el cual en los versos que dirige á la autora de los presentes, felicitandola por sus obras, expresa su opinion de que solo la gloria es un bien grande, capaz de llenar el alma y de satisfacer los deseos del sereno humano.

que unidos por cadena inmensurable
de montañas agrestes y escarpadas,
con nieve eterna ornadas sus cabezas,
con fuego eterno ardiendo sus entrañas,
se alzan á ser de una region de encantos
inmutables y enormes atalayas:
en aquel punto de la vista mide
el horizonte de una gran sabana,
y á par la cumbre del vecino monte
que nombre lleva de perpétua Luma (1):
allí el viagero atónito divisa,
bien que á través de la llanura vasta,
desenvolverse un nuevo paraíso
en perspectiva caprichosa y clara.
Modulan suspendidos en los aires
pardines bellos de abundantes galas,
con cenadores, parques, grutas, bosques,
y lagos mil de cristalinas aguas,
que parece sostienen silfos leves
sobre el matiz de sus movibles alas.
De rocas empinadas se derrumban
en silencio soberbias cataratas,
y en otra parte admiranse tendidos
arcos inmensos de zafiro y nacar.
Mas no te basta al caminante absorto
ver desde lejos maravillas tantas,
seducido por su estroño hechizo
á gozarlas frenético se lanza.
Ni duda ocurre á su exaltada mente,
ni sospecha de riesgo le acobarda,
pues solo atento al goce que imagina
vuela veloz, y la distancia salva,
llegando ronco, fatigado, inerte
al término feliz de su esperanza;
donde obtiene por fin ver con su asombro....
¡un gran desierto que tapizan lavas!
Tal es la historia del viagero ¡oh jóven!
allí en tu pecho por tu bien la graba;
pues esa gloria que tu afán escita,
tan deslumbrante y bella en lontananza,
y esa ventura que en su goce finges,
son ilusiones ópticas del alma!

1846.

G. G. DE AVELLANEDA.

GEROGLIFICO.



(1) El monte de Luma.